

## Un gran pensador, un maestro

= De *El Tiempo*, Bogotá. =

Si Santiago Pérez hubiera sido un poeta prematuro cuando surgió en una velada de colegiales entre las aclamaciones de sus maestros y de sus discípulos, la forma de sus versos habría presentado, según lo que nos enseña la historia literaria en nuestro país y en otros, desde el primer momento la perfección propia de los ingenios que anticipan sus frutos, maduros por un proceso subconsciente, que suele ser principio de una esterilidad próxima.

La forma de sus versos fue en sus comienzos tan imperfecta, aun entre el desorden establecido por el romanticismo, que no puede calificarse entre los poetas prematuros. Al componer versos en su adolescencia que despertaron entusiasmo entre los jóvenes de su generación, obedeció a un simple sentimiento de revolucionario. El verso le sirvió para expresar en malas rimas los primeros vagidos de sus convicciones políticas. Su romanticismo fue en él apenas un prurito juvenil, del cual había de curarse radicalmente. Estaba predestinado a ser el más sereno, el más hondo y el más artista de nuestros grandes periodistas. Se ha observado que los escritores de mayor relieve empiezan por ejercitar sus facultades en el manejo de las rimas. Así, quien empezó componiendo versos medianos, acabó siendo prosista de acendradísimo gusto, dechado de compostura, ironista delicioso y maestro de humanidades. Poeta romántico, cual ninguno desordenado, vino a ser, merced a las más severas disciplinas literarias y científicas, modelo insuperable entre nuestros escritores. Al leer ahora algunos de sus artículos y discursos, que desgraciadamente no han sido coleccionados en volumen para honra de las letras patrias y regocijo de propios y de extraños, sentimos, quienes entre sus compatriotas manejamos a diario la pluma, (a lo menos esto es lo que a mí me sucede) tardío desaliento. Es tan eximia la perfección de su prosa, que no alcanzando mis fuerzas a hacer dignamente su elogio, vacilo al componer estas líneas y tartamudea mi pluma.

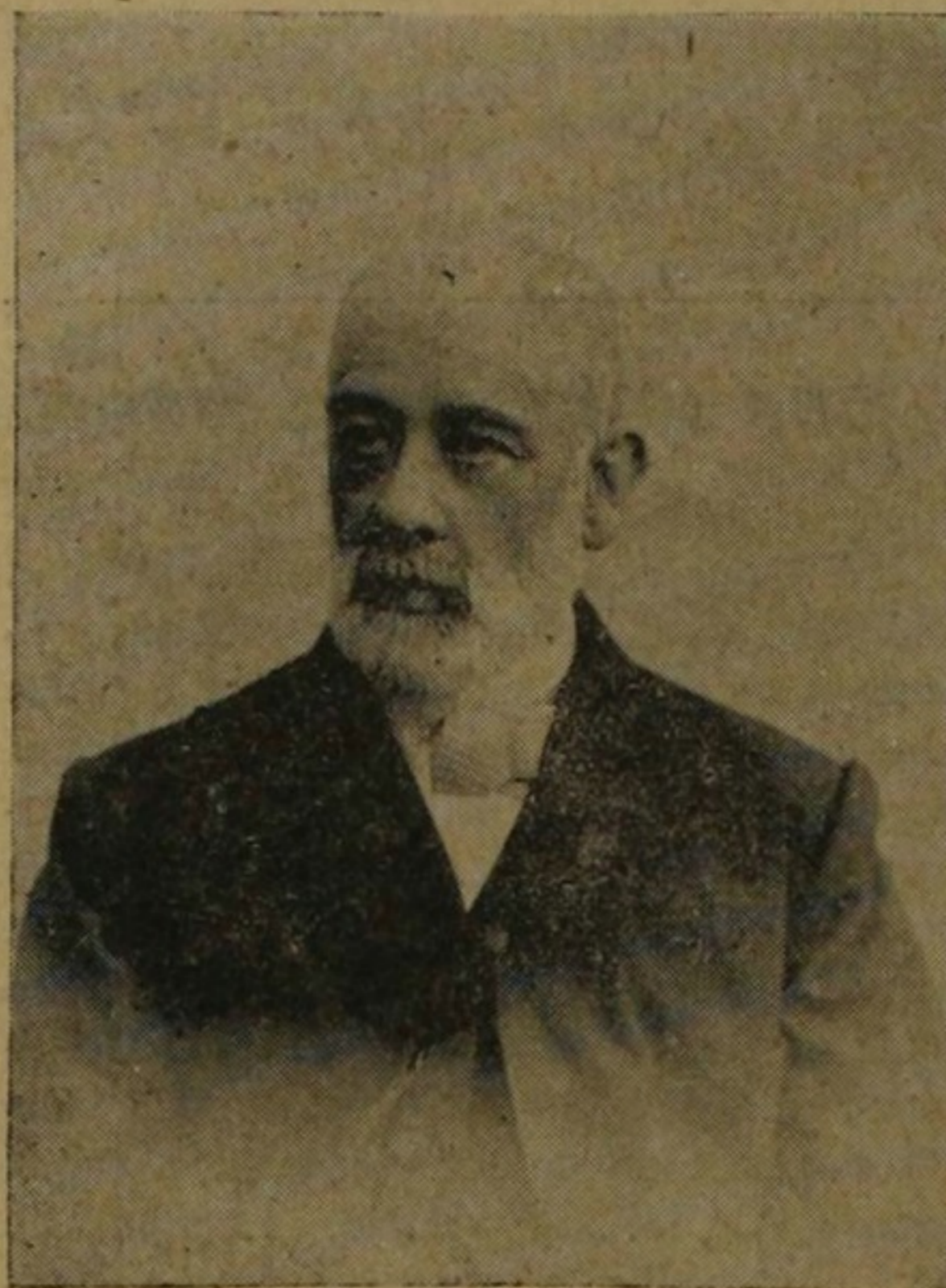
¿Cómo se efectuó el proceso de la evolución estupenda del espíritu de Santiago Pérez?

¿Qué elementos intervinieron para transformar las actividades románticas del adolescente en esa compostura clásica?

¿A qué hora renovó sus valores espirituales el autor de dramas románticos?

Es de presumirse que el alumno del *Es- píritu Santo*, aleccionado por la severa crítica que de sus dramas hizo don Mariano Ospina, resolviera dedicarse a la lectura de los clásicos castellanos para educar su gusto y domeñar los impulsos de su temperamento de artista.

El estudio de las matemáticas, el derecho y la economía política, contribuyeron, sin duda, de manera eficiente a la organización de sus ideas y a crear la arquitectura sobria y maciza de su estilo. La rec-



Santiago Pérez

tificación de su gusto literario fue labor de su orgullo de letrado y de su poderosa inteligencia. Si había compuesto en su juventud versos románticos, siguiendo en sus extravíos a la flamante escuela, al llegar para su mente la hora de la reflexión, realiza en prosa obra perenne. Sobrepujo a sus rivales, no sólo porque se propuso dominar los secretos del idioma al igual de los próceres catellanos sino, también, porque su pensamiento libre de prejuicios, habituóse a volar muy alto.

Existe hoy en Francia un ensayista, al cual colocan algunos de sus admiradores entre los príncipes del pensamiento moderno. Me refiero a Paul Valery. Quizá porque los escritores de una acabada pulcritud se parecen naturalmente unos a otros; o tal vez porque tanto Santiago Pérez como Valery, el primero al componer su discurso en el Ateneo, y el segundo en sus cortos pero densos ensayos, siguieron los mismos principios en la arquitectura de su obra, lo cierto es que encuentro semejanza en la manera de exponer sus ideas entre el autor de *Variétés* y el insigne prosista colombiano. Ambos parecen rehuir el encuentro de la imágenes, mas, cuando ellos las buscan para hacer vivo el concepto, las hallan felices y perfectas. De estirpe soberana son las que emplea Santiago Pérez. Si Valery, con uno como desdén olímpico, compone su discurso de recepción en la academia sin mencionar el nombre de Anatole France, al cual sucedía en la aún venerable corporación, Santiago Pérez, hace el elogio de Murillo Toro con impersonalidad sublime; sin mencionar el nombre del republico exalta sus virtudes, y entre los períodos inimitables de su oración levanta transfigurada la figura del prócer. En uno y en otro, la palabra adquiere un valor de piedra, labra-

da para un edificio armonioso. Son escritores arquitectónicos. El escritor francés hace decir a Sócrates en presencia de Alcibiades: "este hombre semeja un Partenón"; el nuestro, al exaltar el valor de la estatua, exclama: "Si apresuramos la vida con la llama de nuestra sangre tropical, que tan aprisa gasta su vaso, animemos siquiera el mármol, ya que en la actitud y en la expresión artística, como en la zarza sagrada, la vida arde sin consumir".

A pequeños sorbos bebió en la copa helénica este árcade colombiano, el zumo de la razón, como lo bebe a pequeños sorbos, el árcade galo. Se diferencian, sí, profundamente, en que el uno fue un escritor claro y luminoso, y al otro se le moteja de hermético y aun de oscuro.

La prosa del colombiano es un río de cristalinas ondas. Las ideas aparecen en el fondo, áureas por su gravedad, diamantinas por el esplendor de sus facetas. Corcel de riendas de seda, su período recorre todos los senderos sin extraviarse; cruza la llanura, escala las colinas, asciende a las cumbres.

En la polémica aparecía dueño de sí mismo. Su serenidad desconcertaba al contrario. Su frase irónica, cuando la ocasión era propicia a la ironía, semejava un estilete de oro, que hería sin dejar envenenada la herida. La fuerza de su argumentación confundía al enemigo, que nunca pudo perdonarle la superioridad resplandeciente de sus armas y la elegancia de su florete de caballero sin tacha. Su razonamiento era—según dijo aquel otro prosista formidable, Juan de Dios Uribe—un nudo de platino, que aprisionaba al enemigo. Se le llamó Olímpico. Ciertamente que poseía una seriedad olímpica y una fuerza de pensador convencido, que lo hacían aparecer como demasiado seguro de la verdad de sus puntos de vista en materia de política. Pero jamás perdía la clásica compostura de su espíritu. Atacaba las ideas del adversario con gallardía insuperable, sin que durante el pugilato se descompusiera su gesto, ni siquiera un pliegue de su toga. Fue el hombre de las líneas insuperables. Se contentaba con derrumbar a golpes de ariete la fábrica levantada por los perseguidores de la Libertad y de la Justicia.

Cuarenta años antes de Gandi, el apóstol indio, predicó nuestro republico la resistencia cívica, la protesta inerme y constante contra los atentados de la dictadura, que había proclamado una constitución monstruosa, forjada especialmente, para mantener aherrojada la libertad de un pueblo.

"La protesta justa, sostenida y pacífica, escribió entonces, constituye el heroísmo civil, heroísmo sin violencia y sin sangre, que está al alcance de todo hombre de corazón y de todo pueblo por desarmado que se halle. Ese heroísmo importa la abnegación del presente, pero es al mismo tiempo

(Pasa a la página 276.)